

ESTEBAN COSANO

Vincent



Berenice

© ESTEBAN COSANO
© EDITORIAL BERENICE, S.L., 2017
www.editoriaberenice.com

Primera edición: octubre de 2017

Colección NOVELA

Director editorial: JAVIER ORTEGA
Corrección y maquetación: ÁNGELA JIMÉNEZ

Impresión y encuadernación:
CPI BLACK PRINT

ISBN: 978-84-17044-65-7
Depósito Legal: CO-1935-2017

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso En España/*Printed In Spain*

Un disparo

La detonación puso en desbandada a los pájaros en las orillas del Oise. Callaron las cigarras y los perros cercanos al castillo ladraron... Dos adolescentes, que minutos antes pescaban en las orillas, recogieron sobresaltados los avíos y corrieron nerviosos al pueblo mientras el sol de la campiña francesa se ocultaba.

Herido por el disparo, el pintor pelirrojo dobló las piernas y cayó al suelo, sin sentido. Afuera, ignorando la tragedia, como suele hacer la naturaleza, se volvieron a mecer indiferentes las espigas ocreas que horas antes pasaran al lienzo.

Para Vincent, se adelantó la noche en mitad de la tarde.

Cuando despertó herido, creía levitar, anclado a tierra por hilos de araña. Miró las primeras estrellas, mientras el firmamento parecía cristalizado y caía sobre su cuerpo en montones de fragmentos coloreados. El azul cobalto de la tarde se fijó con nitidez en sus pupilas: ahí estaba su cielo, el mismo que, a diario, descomponía con pinceladas de matices vigorosos... Allí estaba la vida.

Le eran ajenos el peso y el dolor.

La tarde continuó con extrema lentitud, como en la neblina de un sueño que, en un momento, se disipó. Vivía. De nuevo, su cuerpo pesaba y una bocanada de saliva espesa con sabor a anís le ascendió a la boca. Se levantó, centró el sombrero de paja que llevaba, escupió y exclamó, en holandés:

—Es lo mejor para todos... Lo mejor...

Segundos después lo repitió y continuó, vacilante y despistado, en busca del camino al pueblo.

Logró alcanzar las primeras casas del lugar con un sudor frío en la piel, la vista débil y las piernas pesadas. Avanzó con zancadas irregulares hasta la plaza del Ayuntamiento, a la hospedería en la que se alojaba. Ante la entrada de la oscura escalera que ascendía al ático, donde se había instalado, vomitó una amalgama sanguinolenta.

El posadero, su mujer y su hija Adeline observaron, atónitos y alarmados, su tambaleante entrada y lo siguieron.

El reloj de la iglesia gótica, en la subida al otero del cementerio, señalaba las ocho de la tarde del veintisiete de julio de mil ochocientos noventa.

Muchos veraneantes de París paseaban ya por las calles de Auvers-sur-Oise, treinta y cinco kilómetros al norte de la vieja capital.

El encuentro

Sesenta y tres años después, corre una fresca tarde de otoño y un suave vientecillo aumenta la sensación de frío, cerca de la Butte Montmartre, la redonda colina parisién.

Maximilien Gautier sale del apartamento donde vive, en el número diecinueve de la calle de Boursault, una estrecha vía que desemboca en el Boulevard des Batignolles. Enciende un cigarrillo, se ajusta bien su mascota marrón y mira su reloj: las cuatro y media de una tarde gris con las aceras de la alameda llenas de hojas naranja y ocre, caídas de las hileras de plátanos orientales. Acelera el paso, cruza la plaza de Clichy, encara el puente y sube hacia la calle Caulaincourt, al Café Le Cepage Montmartrois, lugar de su encuentro.

Es un muchacho alto, con una melena corta de cabellos castaños que caen sobre unos hombros anchos. Un lunar ovalado destaca en su mejilla derecha, en un rostro parcialmente lampiño, de proporciones correctas. La visión fúnebre del cementerio de Montmartre, cuyas tumbas se desparraman cerca del puente, le presta un paradójico sosiego. A las cinco menos cuarto, pasa bajo la montera modernista de la cafetería y busca su cita. Al fondo, en una salita con grandes carteles, reproducciones de Toulouse-Lautrec, observa a una mujer sentada en una butaca forrada de piel marrón, ante una mesita de mármol. Encima, un café humeante y unas pastas. La señora, con traje oscuro, cabellos grises recogidos en un desmedrado moño, le hace una señal con la mano. Sus ojos, incisivos, se mueven con temblor apenas perceptible, tras unas gafas de montura vulgar.

—Hola. Buenas tardes —saluda el joven.

—Buenas tardes... ¿El señor Gautier?

—Sí. Soy yo... ¿La señora Ravoux?

—En efecto, joven... Siéntese.

Es Adeline Ravoux, la hija de Arthur Gustave Ravoux, el rollizo patrón del albergue de Auvers-sur-Oise, la misma que posara tres veces para Van Gogh en su primera juventud. A pesar de sus setenta y cuatro años, tiene un cutis muy bien cuidado y pocas arrugas agrupadas en las sienes. El maquillaje rosado destaca el color de sus ojos azules. Mantiene los delicados ángulos mandibulares que el pintor registró en sus retratos de juventud, bordeados con un mentón pequeño, picudo, lleno de un suave bozo casi transparente. En sus manos, se lee mejor el transcurso del tiempo: nudillos ensanchados, venas marcadas y dilataciones que deforman sus dedos. Su fina piel, tapizada de múltiples manchas rosáceas de color café con leche, quiere equilibrarse sin conseguirlo, con unas uñas cuidadas y pintadas con coquetería de rojo oscuro.

El joven la saluda dándole la mano. Se desprende de su gabardina parda y destoca el sombrero dejando ambos en una silla cercana. Ya frente a la dama, hace una señal al camarero:

—Un café con leche y una copa de armañac, por favor.

—Enseguida señor... ¿La señora tomará otro café?

—No. Quiero una copa de ginebra.

Ambos se miran. Ella, con cierto desasosiego; él, algo inquieto ante su presencia.

—Y bien —pregunta el joven, impaciente por despejar incógnitas—. ¿Tiene claro los acontecimientos que vamos a publicar?... Estoy muy emocionado de encontrarme ante uno de los modelos vivos de Van Gogh. La obra de este genio atormentado nos fascina... Mi jefe acordó con usted que tendrá formato de memorias. Dependiendo de su duración, haremos una o varias entregas. Acordaremos los detalles.

—Pues sí. Si me ayuda alguien, lo haremos así. He puesto gran empeño desde que usted me llamó y creo recordar todo como el primer día, a pesar de que, como afirma, ya soy muy vieja... Sí, sí... No se disculpe —corta al joven que había hecho un gesto galante de reprobación—. Soy vieja. Vincent me pintó hace tan-

tos años... pero tengo buena memoria —dijo, ladina—. Estuve durante bastante tiempo ante él. Fueron tres veces... Al principio, tenía cierto miedo. Me impresionaba su aspecto. Sentía vergüenza que me mirara fijo y serio, pero, a medida que vi la satisfacción en los ojos de mi padre, fui acomodándome y para el último posaba con bastante relajación. Recuerdo incluso hechos que creía haber olvidado de aquellos días que contradicen cosas disparatadas que se oyen y leen, en la radio y algunos periódicos, después de esa exposición de obras suyas... Sobre todo cosas referidas a mi padre y al doctor Gachet que no me gustan ni son ciertas.

—Bien. Quiero hacerle una serie de preguntas para que usted, ordenadamente, si me lo permite, dé su versión de lo ocurrido en Auvers-sur-Oise aquel fatídico día veintisiete de julio de mil ochocientos noventa.

—Me parece muy bien. Hasta ahora, a nadie se le había ocurrido recurrir a mí que, como usted dice, soy memoria viva —replicó la señora con un ademán entre despectivo y reprobatorio—. Los periodistas suelen preguntar mucho a personas que saben las cosas de oídas y no se preocupan demasiado por testigos reales.

—Creo que se equivoca, pero me llama mucho la atención lo que me comentó por teléfono: el doctor Gachet era casi un desconocido para Van Gogh.

—Pues, tal como pintaba, muy rápido, creo que los dos cuadros y los dibujos que le hizo fueron cuestión de unas horas, como lo fueron los tres retratos que a mí me realizó. Aparte de esto, a ese señor no le vi yo el día del disparo y tampoco era asiduo, como aseguran, del hotel de mis padres.

—Pero en sus cartas Van Gogh habla mucho de él e indica haberse encontrado ambos, varias veces en el hotel, para ver sus obras...

—Pues yo no les vi.

—¿Qué edad tenía usted entonces?... Perdone que se lo pregunte —dijo el joven periodista, suavizando la pregunta con una sonrisa.

—Pues... Hummm... No sé... Creo que no más de catorce años.

—Bien. Lo digo porque una chiquilla como era en aquel momento tendría poco conocimiento del ir y venir de los clien-

tes del hotel —pronuncia algo solemne esta palabra para que no hubiese duda de la categoría que la dama daba a la pensión familiar—. Quiero decir que estaría más dedicada a sus juegos.

—No. No lo crea. El hotel era algo de importancia tal que tanto mis padres como nosotros andábamos siempre pendientes de nuestros huéspedes... Era nuestro modo de vida.

—Pero el doctor Gachet tenía su principal trabajo aquí en París, donde estaba la mayor parte del tiempo. No es extraño que usted no lo viera mucho... Las veces que el mismo Van Gogh cita en sus escritos que lo llevó a su casa, es probable que usted estuviera de paseo en la calle, en la escuela o con sus amigos.

—Ya. Pero que yo recuerde, nunca se le llamó para atender a algún hospedado.

—Sí, para eso estaba el doctor Mazery; ya lo sé. Pero cuando su padre lo buscó, después de herirse Van Gogh, no lo encontró. Por eso recurrió a Gachet.

—Bien —repite la dama, encendiendo el cigarrillo que Gautier le ofrece—. Si estuvo allí, yo no le vi. Pero no creo que, como dicen, Vincent fuera a su casa a almorzar los domingos y lunes. Mi hermana y yo comíamos con todos en la misma mesa y no recuerdo que faltara de manera periódica... Sigo pensando que la relación entre el pintor y el médico fue escasa.

—¿Ha leído usted sus cartas?

—Sí. Muchas de ellas. Sobre todo las del periodo de Auvers.

—Es posible que no leyera alguna de las que yo tengo copia. Se las voy a entregar. Revela muchas cosas del doctor Gachet. Dígame después lo que opina.

—Bueno. Démelas y nos vemos en algunos días. Ahora debo marcharme.

—Muy bien señora Ravoux. ¿Le viene bien el próximo sábado a esta misma hora en este lugar?

—Aquí estaré.

Da la mano al joven y se levanta. Maximilien hace lo mismo y puede observarla ahora mejor. Conserva restos de una indudable belleza de juventud, algo ajada ahora, pero perceptible, estropeada por un semblante ahormado a gestos de acritud. Se yergue muy derecha, esbozando una sonrisa al periodista, y con paso firme sale fuera del café.

El attillo

Vincent subió los escalones agarrado a los palos de la baranda, descansando en cada rellano de la tortuosa escalera de caracol cuadrangular. Entró resoplando hasta su habitación, con la ayuda de Ravoux y repitió otra vez como una monodía:

—Era imposible... imposible. No podremos continuar... Es mejor; es mejor así...

Hirschig, joven paisano y colega de Vincent, vecino del diminuto ático, se asomó y preguntó en holandés:

—Pero, ¿qué te ha pasado, Vincent? ¿Qué le pasó?... —inquirió al desconcertado patrón en un pésimo francés.

Sin responder, con crecientes jadeos, fue hacia el jergón, se sentó en el borde y se apretó de nuevo la herida con su mano derecha. Con la izquierda, con dedos impregnados aún por óleo grisáceo, asió la mantita con que se cubría del fresco de las noches del verano, envolviéndose el cuerpo, mientras se desplomaba en el camastro en medio de una impresionante tiritera.

—¿Qué te ocurre, Vincent? —repitió Hirschig, alarmado.

De su boca salió una salmodia ininteligible en varios idiomas.

El estrecho desván tenía las paredes pardas, agrisadas por múltiples capas de pintura basta, sobre las que se apoyaban, colocados en el suelo, varios cuadros sujetos con bastidores de madera de pino y otros lienzos enrollados. El olor a aguarrás, resina y linaza que predominaba se mezcló con un repelente tufo, mezcla del sudor que desprendía la ropa del infortunado inquilino y manchas del vómito y la sangre que la humedecían. La posadera abrió, sofocada, la ventana del tragaluz del techo, única ventilación de la estancia, con lo que el aire del recinto comenzó a moverse.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetía la señora Ravoux, mirando nerviosa a su marido y esperando alguna señal.

Alrededor del cuarteto, las pinturas ofrecían retales de la naturaleza que rodeaba el pueblo que el artista escogió como último refugio y otras traídas de su anterior destino, en la Provenza.

El mundo en ellas parecía más real que el cotidiano. Las telas brillaban, llenas de color, transmitido e interpretado por la pupila del pintor malherido. A trozos, se veían cabañas de campesinos meciéndose entre ondulantes nubes, trigales en diferentes despliegues de forma y color, con espigas estremecidas por no se sabe qué vientos y retratos de personas comunes, cielos diurnos y nocturnos, encendidos, palpitantes, con atmósfera densa y estrellas que vibraban a través de nubecillas en movimiento...

Eran los últimos resultados de decenas de horas de dura brega, con nudillos abrasados por el sol, vientos que le agrietaban los labios y solanas que reseocaban su piel. Largas jornadas a pie firme ante el motivo, con voluntad terca y ojos enrojecidos, cada día, hasta que la luz se disolvía, ninguneada, en manchones crepusculares hacia la noche. Ciclo continuo: mirar para vivir, vivir para pintar y pintar para no enloquecer o para salir de la locura. El concreto tiempo transformado y detenido en color; la vida convertida en lienzos. Vitalidad, color y tiempo cuajados en aquellas superficies, con destino comercial incierto.

En la vida real, sin embargo, el pintor ahora se hundía despacio en un sopor obligado por la herida de su cuerpo mientras sus recuerdos afloraban, desplomado en el catre.

«Los ojos de Vincent»

—¿Qué opina de las cartas que le dejé? —pregunta Maximilien Gautier a Adeline Ravoux en su siguiente encuentro.

—Bien, bien... Sí... No lo niego... En parte, tenía usted razón. Parece que Vincent tuvo mayor relación con el doctor Gachet de la que yo creía, pero no sé por qué la perdió... En concreto, respecto al día del disparo, ya le oí decir a mi padre que envió a Hirschig en busca del doctor Mazery, pero, al no encontrarlo, acudieron a él. Este, según mi padre, observó con rapidez la herida, de manera superficial, con poco interés. Le pareció fea y no hizo nada más que vendarla, marchándose a continuación.

—¿Recordaba bien su padre los acontecimientos cuando se los narró?

—Mi padre era una persona con una memoria excelente —contesta Adeline con frialdad—. Leía mucho y procuró cultivar su espíritu todos los días de su vida —replica con tono molesto por la insinuación dudosa del periodista—. Además, todos lo respetaban, tanto en el hotel como en el pueblo. Nadie le llamó, como alguno de sus compañeros escribe, «tío Ravoux»... No. No era simple o superficial. Leía mucho y era una persona culta.

—Lamento su enfado. Me refiero a que pudo narrar los hechos ya mayor y con una memoria deteriorada por los años —dice Gautier, condescendiente.

—No. Como puede usted imaginar, en casa hablamos muchas veces de los sucesos que allí ocurrieron —replica—. Los recuerdos que tengo están, sobre todo, apoyados por la buena memoria del señor Ravoux... Mi padre era tremendo —añade admirativa—. En cierta ocasión, un periodista le preguntó por sucesos que ocu-

rrieron durante la Comuna en París y él los narró con pelos y señales. Antes de publicarlos, su compañero los estudió y volvió al hotel, a decirnos que lo que había contado el señor Ravoux era cierto desde el principio hasta el final.

—Bien, bien... De cualquier modo, le traigo un pequeño regalo para que lo lea. Se trata del último trabajo sobre la vida de Van Gogh, camino de convertirse en obra de consulta, aunque está escrita como novela histórica. Quizás haya oído hablar de ella: *Los ojos de Vincent*.

—Sí. Algo he leído. También oí algún comentario en la radio.

—Su autor, Alfonse d'Avignon, es de nuestro gremio, periodista, y ha pasado bastante tiempo leyendo las cartas y visitando cada uno de los lugares donde el pintor vivió. También consulta a numerosos doctores para intentar explicar su extraña enfermedad. Quiero que, antes de narrar definitivamente sus memorias, la lea.

—¿No pensará usted que harán cambiar mucho mi visión de los acontecimientos?

—No es eso. Nadie puede contar de su propia vida más de lo que cree que es «su» verdad. A veces, cuando tenemos la visión de lo que hemos mirado desde el punto de vista de otro, en vez de cambiar, que a veces sucede, lo que ocurre con frecuencia es que se enriquecen nuestros mismos recuerdos... ¿Comprende?

—Bueno, si se empeña lo haré —contesta poco convencida.

—Mire, si quiere le leo ahora un pasaje del final del capítulo donde su padre tuvo tanto que ver... ¿Tenemos tiempo?

Adeline asiente a la vez que devora un trozo de pastel de manzana. Y así, mientras en la calle pinta una tarde lluviosa y fría, con rachas de agua empapando los cristales del café Le Cepage Montmartrois, con voz bien templada, Maximilien lee:

«El posadero y el joven Hirschig, espantados, habían marchado en busca del médico del pueblo. La señora Ravoux bajó al bar, alarmada, y envió a las niñas a jugar a la calle, preocupada, haciendo aspavientos, pensando y temiendo un desenlace fatal.

Y mientras, los cansados ojos de Vincent, con aparente recuperación, vagaban de un cuadro a otro...

Fijó su mirada en un paisaje de formato ancho, de turbulenta belleza, con trigos agostados y negros cuervos, avanzando desordenados hacia el espectador.

Es un lienzo pintado hacía tres semanas, trabajado en el altozano de la colina que corona al pueblo, a escasa distancia del cementerio. En algunas zonas, presenta áreas de pintura con grosor espeso y aportes de pigmentos directos del tubo al lienzo. Está apoyado en vertical, tapando en parte la tela en la que pinta la robusta y vieja iglesia gótica de Auvers.

La proporción es demasiado alargada para un cuadro: un metro de ancho y medio de largo, bastante utilizada por los maestros de la escuela de La Haya. Por eso, en una de las fugaces miradas que el sufrido descanso le permite, todo lo que ve, tumbado, es esta tela.

Aunque el fluido vital se le estuviera escapando por el agujero oscuro de su pecho, se percibía vivo. Y con lento ademán, se levantó pesado, alcanzó el cuadro y lo colocó en horizontal. Con fatiga, volvió a sentarse en la cama, contemplándolo de nuevo. Recordó entonces lo que le dijo a su hermano Theo de los trigales, días antes, en una de sus cartas:

«...Representan vastos y extensos campos de trigo bajo cielos enojados, y en ellos he intentado expresar deliberadamente tristeza y extrema soledad»... «Estoy casi seguro de que estos lienzos ilustran lo que no puedo expresar en palabras, es decir, lo sano y tranquilizador que encuentro el campo...».

—Tristeza... soledad —exclamó, para sí, muy bajo, recordando sus paradójicas propias palabras—. La única verdad es que solo podemos hacer hablar a nuestros cuadros —repitió, casi mascullando, en recuerdo de otros renglones, a su hermano, mientras fijaba su débil mirada en la tela.

El aire amenazador del cielo del lienzo, con profusas pinceladas de cobalto y ultramar y la bandada de enloquecidos cuervos, parecía sobrecogerlo, envolviendo su propia tragedia.

Cayó de nuevo hacia atrás, en la cama y, como ya le ocurrió en anteriores ocasiones, en Arlés y Saint Remy de la Provence, deliró. En su paranoia, oía un murmullo de voces amenazantes; las percibía con claridad, pero miró, buscando, y no vio a nadie.

Sonrió. Después frunció el ceño, sorprendido, pero lleno de inquietud. Percibió, de pronto, que los planos de las paredes comenzaban a descuadrarse, el suelo cedía con lentitud y tuvo la sensación de descenso hacia una profunda sima.

—¡Eugenie, Eugenie...! —susurró con angustia, en medio de un vértigo insuperable.

Perdió entonces el conocimiento, en la soledad de la habitación, y lo recuperó de nuevo trayendo a la luz una la imagen que nunca olvidó: Eugenie».

—Pues sí. No está mal —comenta Adeline—... Aunque la casa de mis padres no era exactamente una posada —protestó puntual—. Ya sabe que la remozaron y han procurado que todo quede igual que cuando vivíamos en Auvers. Han reproducido el mismo color de la madera y, a través de fotografías de aquella época, renovaron los encajes que mi madre lucía en las ventanas. Incluso ahora permanece un gran letrero que dice: «Albergue Ravoux»... Era más bien un hotelito.

—Sí —responde Maximilien—. Me parece muy adecuada la reconstrucción.

—En esto, estoy contenta. Hay muchos recuerdos de infancia que quedaron prendidos de esas paredes y de ese modo nunca se marcharán.

—Bien. En sus memorias podrá puntualizarlo... ¿Quiere que siga leyendo?

—Sí; me gustaría. Tomemos otro café.

Eugenie

«Ante la mirada solitaria del posadero que custodiaba su sueño, Vincent dormitaba. La herida manchaba su pecho.

La tarde se trasformó en noche cuajada de estrellas, y en el altillito de los Ravoux un quinqué proyectaba una luz tenue. Vincent logró incorporarse para fumar. Alrededor, los cuadros del pintor y, entre ellos, su silueta proyectada, envuelta en volutas de humo.

Jadeaba, pero en algunos momentos recuperaba una vitalidad inusitada. Entonces, de manera impulsiva, hacía una señal a Ravoux, quien le ayudaba a prender su pipa, llenando de empalagoso humo toda la estancia.

El pintor observaba el cúmulo de color de la llama del quinqué, percibiendo en la misma un rango de colores que solo él veía. Quedó absorto y permaneció con la mirada perdida, sin expresión, viniendo a su mente, a ramalazos, detalles de algunos rostros de las mujeres de su vida.

Solía confundir sus facciones, a pesar de su afilada memoria fotográfica, y perdían precisión cada uno de sus rasgos.

Recordaba a Eugenie y su exaltada pasión. Traía a su mente su rostro, tal como la conociera el primer día que arribó a la pensión londinense de la viuda Loyer: una delgada muchachita de tez sonrosada, ojos serenos, claros, pequeños, pero vivaces, boca perfilada y senos ajustados. Mantenía una melena de cabellos negros que componían con su cara un perfil soñador. Había cumplido diecinueve años. Así permaneció en sus recuerdos.

Quizás, por no ser de ningún tipo especial, recta y singular, lo que más le costaba extraer de su memoria era su nariz. No así los expresivos ojos de un verde pálido y su suave y ovoide mentón. Y,

sobre todo, su risa, fresca y frecuente. Aquella boca con cantarina y cálida sonrisa...

Llegó a Londres enviado por los dueños de la Galería de Arte Goupil, en La Haya, para continuar su oficio de marchante artístico. Frisaba los veinte años y tenía ilusiones de hacer una mejor labor de la que dejó en Holanda. A pesar de la opinión de su anterior jefe, Tersteeg, quien aseguraba que era un ascenso, en su fuero interno sabía que había fracasado. Uno de los propietarios de la Galería, su tío Cent, prefirió aquel joven intelectual, ajeno a la familia, que a él, su sobrino excéntrico y provocador. Londres, la capital del mundo, destino deseado por numerosos cerebros, no era su paraíso sino el exilio. En La Haya, el trato comercial era con el mismísimo comprador, mientras que el trabajo nuevo estaba en relación al aprovisionamiento de las librerías, imprentas y casas de exposición a las que se nutría de dibujos, algunos cuadros y, sobre todo, grabados de artistas consagrados. Su tarea era pesada, impersonal e ingrata: cargar y descargar paquetes y discutir con los clientes. El dinero extra que le aseguraron en La Haya se diluyó al cambio.

Así que en el encuentro sentimental con la hija de su patrona halló una compensación a su frustración laboral y se agarró a ella como a un clavo ardiendo.

La muchacha respondió a sus miradas de evidente arrobo con otras entre curiosas y divertidas, con cierta complicidad y coquetería, mientras organizaba las clases de parvulario que su madre dirigía.

A pesar de la convivencia en la casa de huéspedes de los Loyer, Vincent se sentía solo. Quería sentir el amor, además del sexo ya conocido en la depravación del Geest, el barrio de casas de madera de los burdeles de La Haya, donde frecuentó prostitutas a medida que el escaso salario de la Galería se lo consintió. Su primer amor platónico, Caroline Haanebeek, no le correspondió y se casó con su primo, acusando indiferencia total a sus insinuaciones. Confesó entonces a su hermano Theo: «Si no he de tener una buena mujer, las tendré malas».

En casa de Eugenie, supo de un cierto compromiso de la muchacha con otro joven, pero, por la inexplicable intensidad de

su mirada, se convenció que movía en ella un interés real, no simple cortesía, y respondió con la enardecida violencia que suelen despertar estas ilusiones en época juvenil.

Tras días de incesante observación y vigía, rumiando sensaciones hasta entonces desconocidas, de imprevisto, como una erupción volcánica en su personalidad vehemente, la pasión irrumpió y lo invadió todo.

Su vida y sus pensamientos giraron entonces alrededor de la imagen de la señorita Loyer. Con ella se dormía, agotado, después de escenas imaginadas, y la misma ansiaba ver cuándo se levantaba. Su nombre, sus vestidos, el modo en que caminaba, el tono musical de su voz, el fulgor de su mirada, su olor, aquella suave fragancia que desprendían sus ropas al moverse...

Todo en ella le trasportaba desde la realidad cansina en la que hasta entonces había vivido a un mundo imaginario y feliz.

En su presencia, su inglés no fluía como con los clientes de la galería de arte, en Southampton Street, junto al Strand, donde trabajaba, con un perfecto discurso de entonación neutra. Delante de Eugenie se tornaba torpe, con pausas y titubeos en busca de la palabra adecuada. En las charlas acerca de cosas triviales durante las comidas llegó a tartamudear, ante la divertida mirada de la chica.

Nunca encontró cómo luchar contra aquel poderoso impulso que le obligaba a rememorar su figura una y otra vez, en todas las horas del día, distrayéndole de los más acuciantes problemas de la tienda. Se impacientaba para salir de su trabajo y volverla a ver.

Se repetían los hechos: llegaba de la monotonía de la galería con su imagen en la cabeza y una turbamulta de historias pensadas durante la mañana, posibles o inverosímiles; subía los siete escalones de la entrada de la casa Loyer, llamaba con la aldaba, nervioso, y esperaba con el corazón acelerado a que abrieran la puerta. Antes componía con ligeros toques su pelo, levantaba el flamante sombrero y lo volvía a colocar ajustando su gabán, como hacía ante el espejo cuando se levantaba. Esperaba entonces con ansia su figura tras el dintel de la puerta.

Aprendió a reconocer sus pasos rápidos y ligeros y a distinguirlos de los lentos y espaciados de su madre y, cuando percibía su ritmo, notaba que el corazón se aceleraba.

La esperanza de conseguir un contacto, mano sobre mano, una caricia, una mirada comprensiva o, quizás, un beso de la chica, lo hacía estremecerse y esmeraba las maneras con su madre. No podía dormir por el estado de ensoñación continua de su mente. Se deleitaba recordando los ojos verdes de Eugenie, que parecían mirarlo correspondiendo a sus deseos. Pensaba en sus brazos, en la suavidad de su piel, en lo dulce de un abrazo interminable alrededor de su talle menudo. Cuando miraba sus manos, le gustaba imaginar a las de la inglesa, finas y suaves, enlazadas a las suyas. Se excitaba y soñaba con su boca, con el labio superior bien perfilado que lo hechizaba... Inventaba mil diálogos y se prometía que en cualquier ocasión a solas, le declararía su amor y con seguridad sería correspondido. Por percepciones, entendía que «el otro» no era nadie en su vida. No la había visto en su compañía e impresiones como el tono de la voz cuando le hablaba, más flexible que su discurso habitual, un cierto brillo que desprendían sus pupilas cuando le miraba o algún contacto instantáneo con la piel, al coincidir en la mesa, le hacían pensar que no le era indiferente.

Ilusionado, hacía planes de futuro y se esmeraba por conseguir mayores conocimientos de arte para poder medrar en aquel mundillo, al que, al parecer, se veía abocado. Quería ser un buen marchante, como su magnífico y acaudalado tío Cent, al que admiraba y detestaba, a partes iguales.

Sus visitas a los grandes museos londinenses menudearon y su visión del arte comenzó a ser sólida, hasta el punto de poner en cuarentena más de una opinión autorizada de alguno de los responsables de su galería.

Aunque continuó a la moda de La Haya, luciendo una ropa a medida, un buen terno y hasta un cómico sombrero de copa, un sentimiento de inferioridad le dominaba cuando soñaba con ella. Una idea comenzó a bullir en su cabeza: no podría adelantar nada con Eugenie sin ayuda de alguien. Pensó en su hermana Anna. Soltera, mordaz, bullidora y sin ocupación, vegetaba aburrida en Helvoirt, nuevo destino holandés de su padre, el pas-

tor Theodorus. Era una chica educada, con dominio del inglés. Consiguió que la misma Eugenie le escribiera y, cuando estuvo seguro de su marcha, fue a Holanda, por ella, volviendo ambos a Londres.

Transcurrieron cansadas noches en vela, inundando la casa de humo de pipa que comenzó a consumir, aliviándole algo la tensión amorosa y el desconcierto en que lo sumía la intensa porfía con los compradores del negocio artístico. Sus jefes lo veían cada vez más tenso, manteniendo discusiones algo estériles con los clientes, en las que él decía la última palabra, sin darles oportunidad de sintonizar a la hora de ultimar precios. El resultado era cada vez menos fructífero. Divagaciones en las que remataba lisamente:

—Excúseme, señor, pero usted no tiene ideas claras acerca de la calidad del conjunto de obras que quiere comprar por la cuantía que nos ofrece.

O bien:

—Perdóneme usted, señor, pero cuando se informe mejor sobre la calidad de estos autores, venga a vernos de nuevo y háganos una oferta mayor.

Estas diatribas, dictadas en seco inglés por Vincent, individuo con cara aniñada, a personas, por lo general, maduras, viejos clientes con peso social, preocupaban a sus jefes, quienes le reprocharon su inesperado escaso tacto como vendedor.

Durante las regañinas, él enmudecía y se retraía, sin responder de manera explícita; encajaba los dientes, cambiaba de color, paralizado por la rabia y no contestaba. Salía a la calle, fumaba una pipa concentrando todos sus sentidos en la imagen de Eugenie y volvía al cabo, con ánimos redoblados, pero con escasa reflexión. Blindado a las advertencias de sus jefes, un velo de insensatez cubría ahora su anterior cordura comercial. Surgía algo en su naturaleza que le prohibía aceptar juicios de valor de otras personas sobre hechos o cosas sobre las que él ya hubiese elaborado una consideración previa. Le irritaban las especulaciones que los demás hacían sobre arte, concretadas en según qué obras y solía contestarles de manera altanera y despectiva, indignado ante lo que creía una intrusión en un mundo que solo él comprendía.

Una tarde, tras una adversa mañana de ventas, soportando la pesada lluvia a la que Londres le había ya acostumbrado, bajó del barquito en el que, a diario acortaba un gran trecho por el Támesis, en dirección a la galería, e hizo pausa en una esquina cercana, desde la que se divisaba ya la casa de la viuda Loyer.

Descubrió, con amarga sorpresa, a través de los chorros de agua que caían del paraguas, a una pareja del brazo. Iban por la acera de enfrente apresurados, correteando bajo la lluvia. Eran Eugenie Loyer y un joven bastante mayor que ella, bien vestido, con terno gris rematado por un largo sombrero de copa, que a él le pareció el colmo de la ridiculez ya que lo asociaba con los que portaban muchos de los petimetres engreídos y llenos de dinero, clientes de su galería.

Nunca antes le había visto.

Juntos, con ardorosas miradas y ademanes cariñosos de evidente complicidad, entraron amartelados en el portal de la casa, después de besarse tras el paraguas, desapareciendo de la vista de Vincent.

Quedó inmóvil, atenazado por los celos.

Todo su mundo presente, el real y su armazón imaginario, estructurado en noches de insomnio y días de pasión, reventaron con la fragilidad de una pompa de jabón. Quedó fraguado al cemento de la acera donde se apoyaban sus pies, con la boca seca de improvisado, el cutis pálido, lágrimas de frustración y sus pupilas reflejando sombras de desesperanza».

—Por favor, no siga, señor Gautier —dice Adeline, con los ojos brillantes y un nudo de emoción en la garganta—. Es muy interesante. Continuaré en casa y nos veremos, si puede usted, el viernes próximo. El sábado me será imposible.

—Está bien, señora Ravoux. La acompaño.

Se levantan y Maximilien paga al camarero. Bajan a la plaza, donde Adeline sube a un taxi que la lleva a casa, un segundo piso del número cuarenta y nueve de la calle Saint-Dominique, detrás del Sena, por el Pont Royal.

Cuando llega, se prepara un té y se sienta en un blando sillón de lectura en un saloncito. Al comenzar a llover, cierra las puertas del

balcón, enciende una lámpara y continúa de nuevo la lectura por donde la había dejado.

«Pasaron dos días de tristeza y rabia insoportables, sin probar alimento, temeroso de conocer la verdad, herido en su sensibilidad y girando en la espiral de una evidente depresión.

Su hermana le preguntaba en los pocos momentos en los que se veían, ya que se mudaba a Welwyn, a cinco horas de tren de Londres, pero el hermetismo y el desdén del muchacho hicieron inútil una ayuda a su conflicto.

A la hora del desayuno del tercer día, se le acercó la señorita Loyer y lo saludó sonriendo, asomando sus dientes a través de sus labios adorables.

—Buenos días, señor Van Gogh, ¿se encuentra bien? —preguntó la chica con un cierto gesto de coquetería.

—Hola, Eugenie, ¿puedo hablar con usted? —contestó Vincent, levantándose con cierta impetuosidad.

Quedaron frente a frente, mirándose a los ojos. Ella algo turbada, esgrimiendo una nerviosa sonrisa. El joven quedó fijo, como petrificado por la propia situación, pero en un arranque de audacia desesperada le intentó tomar una mano que ella retiró apresurada, poniéndose en guardia, temerosa.

Los jóvenes estaban solos. La viuda Loyer, indispueta, en la cama aún, y el espeso silencio de la neblinosa mañana londinense envolviendo a ambos.

Por fin, como si destapara una válvula cerrada, comenzó a decir, con un leve tartamudeo, pero en perfecto inglés:

—Eugenie, quiero decirle algo. Deseo que me oiga y me comprenda... Yo la quiero, la quiero y necesito que lo sepa. Solo pienso en usted... mi vida le pertenece.

Hizo una pausa, asustado de sí mismo, esperando una reacción de la chica. Ella se encontraba tensa, pero inmóvil, como paralizada, asombrada de lo que estaba oyendo. Vincent continuó en voz baja.

—Es posible que no se haya dado cuenta, pero quiero que lo considere. Tengo un trabajo en el que puedo prosperar y un sueldo aceptable para vivir. Le ofrezco matrimonio. Le ofrezco toda mi vida... la quiero, Dios, la quiero... la quiero tanto...

—susurró, casi en un gemido, bajando la voz hasta un punto casi imperceptible.

La muchacha quedó pálida e inmóvil. El instante se hizo embarazoso y parecieron eternos los palpitantes segundos que se desgranaban ante los dos jóvenes hasta que contestó airada:

—Pero... ¿es posible que usted no sepa que estoy ya comprometida?

Vincent arqueó las cejas, arrugó su frente y sus ojos se proyectaron afuera en un signo de incredulidad.

—No es posible... ¿Aquel señorito con sombrero de copa que le acompañaba?... Usted quiere atormentarme, pero sé que no le soy indiferente —añadió, convencido.

Eugenie, después de oír eso retrocedió muda y temerosa por la rara expresión que él perfilaba en su rostro. Reculó hacia los dormitorios, pero antes de llegar a su puerta, el joven la atrapó por un brazo y la atrajo hacia sí, besándola torpe en la boca, en un impulso de momentáneo arrebató, confundido y alarmado de su misma audacia.

La muchacha languideció, sin corresponderle, exhaló un apagado sollozo, alcanzó la puerta y la cerró con rabia, dejando a Vincent en suspenso, con sus manos trémulas y frías, y una turbulenta tempestad en la cabeza. Sintió un ardor inexplicable en los labios y una agria sensación en la garganta. Solo oía el alocado palpitar de su corazón.

—Eugenie, por favor, Eugenie... —se oyó a sí mismo decir, casi en un gemido, apoyando sus brazos sobre la puerta, mientras la joven jadeaba al otro lado, turbada y temerosa, llorando, con el rostro encendido de rubor y las piernas temblorosas...

Cuando Vincent regresó del trabajo, la señora Loyer, con sus reconocibles pasos lentos, le abrió la puerta y con ademán imperioso, se hizo seguir al saloncito. Le indicó que se sentara. Lo miraba con frialdad y enfado.

El muchacho permaneció en pie, pálido y abatido, con expresión de profunda decepción. Mientras, la señora le imprecó, tajante:

—Señor Van Gogh, a mi hija Eugenie le pidieron en matrimonio la semana pasada. El solicitante es un joven que ocupaba antes su habitación. Tiene nuestra confianza y consideración y ella está

enamorada de él... Llega tarde. ¿Lo comprende?... Espero que no vuelva a molestarla con sus proposiciones —concluyó, enérgica y definitiva, la matrona.

El mundo se abatió sobre la cabeza de Vincent. Recordó los peores momentos vividos con su padre después de sus fracasos escolares. Tal como entonces, todo lo que le rodeaba se tornó ceniza y cada cosa perdió su sentido. Los colores de la vida desaparecieron; nada brillaba y el tiempo, con insoportable lentitud, transcurrió como un rechinante y doloroso tormento. Perdió el apetito y dejó de asearse.

No comprendía.

Era imposible que una pasión cegadora como la suya pudiera ser asimétrica, no correspondida. Ni se había planteado que el objeto de su deseo, al mismo tiempo, pudiera suspirar por otra persona. Dentro del hostil mundo que se había creado, algunas piezas sutiles de la maquinaria que gobernaba su mente se desajustaron, para chirriar después.

En los años de su temprana adolescencia, los fuertes encontronazos con la férrea dirección de su padre y la intransigencia insaciable de su madre, los mitigaba con la huida a los eriales de Zundert donde se dedicaba en solitario a cosas que nadie hacía: coleccionar insectos o dibujar plantas. En la capital inglesa, rodeado por la mayor aglomeración que entonces había en el mundo, de cuatro millones de almas, no encontró consuelo ni en su trabajo, ni en los museos que solía frecuentar, observando las obras flamencas que siempre admiró o sus nuevos descubrimientos: Constable y Turner. Retraído en casa, acudió entonces a la lectura de la *Biblia*, como en otros momentos de su primera juventud.

Se encerró en su cuarto e imploró, o más bien soñó, un milagro. Una y otra vez, imaginaba que su amor, el que creía definitivo y total, su querida Eugenie, llamaba a su puerta, pedía perdón y aceptaba sus palabras de pasión, sellando la escena con un ardiente beso. Era muy vivo el recuerdo del calor suave de sus labios, pero cuanto más fantaseaba con ello, tanto más le dolía su corazón.

En el *Cantar de los cantares* leyó y puso en los labios de Eugenie: ¡Oh, si él me besara con besos de su boca!

Consumido en la tortura de los celos, pasaron dos jornadas y esperó en vano encontrarse a su rival, compararse con él, desafiarse quizás, y concretar en qué había fallado. Saber, en definitiva, por qué Eugenie prefirió al otro.

Pensó que hallaría en la Biblia las respuestas a todas sus tribulaciones. Sin embargo, no fue de ese modo cómo salió de la profunda depresión en la que su frustración amorosa le había colocado.

En el tercer día, tomando el frugal vaso de té con leche y galletas que la señora Loyer preparaba cada mañana muy temprano para desayunar, no se sintió con ánimo de continuar sus relatos evangélicos. Se lavó, se vistió, y ordenó algo sus ondulantes cabellos y la barba casi semanal. Su aspecto recordaba poco al muchacho de cara despejada y ojos penetrantes con que sus jefes se acostumbraron a tratarle a su llegada al almacén de arte.

En Goupil no se encontraba su jefe, el señor Omagh, con el que congenió siempre. En su lugar, su superior inmediato, el señor Oliver, un pecoso y estirado personaje, que obligaba a todos a tratarle con el título que según él ostentaba: «profesor de arte», le hizo señal para que pasara a la trastienda.

—Dígame, profesor —dijo Vincent.

—Quiero que me explique los motivos de su ausencia los tres días anteriores.

—Estuve enfermo. Aún no me encuentro bien.

—Perfecto. Espero que mejore y se presente con mejor aspecto. Le veo en una condición deplorable. Si es posible, acuda mañana bien aseado y afeitado. Ahora, se puede usted marchar.

Regresó a casa, esperando ver de nuevo a Eugenie, pero la chica desapareció. Parecía que su madre había decidido que quedara a buen recaudo fuera del hogar.

Entonces descubrió verdaderamente la religión.

Los jueves por la tarde y los domingos alternos, muchos peregrinos venidos de todas partes de Londres y del campo, y lugares tan exóticos como la India, Australia o las Indias Orientales, se agolpaban en el Metropolitan Tabernacle alrededor de un alto estrado central, para ver y oír a un personaje elegante y gestual, Charles Haddon Spurgeon, quien, moviéndose como un oso en su jaula, desgranaba uno tras otro versículos bíblicos incendia-

rios. Sus ademanes rudos y nerviosos aumentaban el tamaño de su figura corpulenta y barbuda, cuando anunciaba promesas de redención a una humanidad adocenada, promoviendo una rareza en los sermones: el sentido común. Hablaba del Padre Celestial como si de un tío suyo se tratara y predicaba la «auténtica humanidad de Cristo». Sorprendía a todos (hasta la mismísima Reina Victoria, que, según muchos, iba de incógnito a oírle), voceando: «Sentid al Señor como si fuera de vuestra familia, hueso de vuestros huesos y carne de vuestra carne».

Su mensaje baptista y sus promesas de redención hasta de los hombres más degradados, ganaba las almas de aquella multitud, en general, burgueses acomodados que buscaban algo mágico y mítico con que sazonar sus insípidas trayectorias vitales.

Vincent se hizo sitio entre los miles de fieles que inundaban las calles que desembocaban en el patio del antiguo *music-hall*, y allí fabricó una coraza nueva en el áspero e intransigente núcleo de religiosidad primitiva que el pastor inculcó a cada uno de sus hijos. Así, cuando el destino le fue adverso, no tuvo otro remedio que zambullirse de nuevo en el piélago inmenso de la narración bíblica.

Como el cadáver de un ahogado, emergía a las horas de las comidas, si bien comía poco, ante la mirada preocupada de su patrona. Su conversación era corta y escueta, contestando con monosílabos a las preguntas de la señora Loyer y resto de comensales, a los que trasmitía una poco disimulada tensión.

Su salud empeoró por días, presentando una delgadez malsana y un rostro macilento que obligaron a la viuda a escribir una carta a su tío, comunicándole sus temores. En ella le pedía al acaudalado marchante que hiciera lo posible para que volviera a Holanda.

Cuando su tío Cent llegó a la pensión, comprobó cuán imperiosa era la necesidad de un cambio de aires, ya que el joven se hallaba en un estado de tensión mental preocupante y no supo explicarle qué le atormentaba.

La viuda le contó su versión sobre el incidente con su hija, tras lo cual el comerciante no tardó en cambiar su primera desastrosa impresión. Consideró el asunto como las consecuencias de

un fracasado devaneo juvenil e intentó hacer razonar a su tozudo sobrino de lo inútil de sus aspiraciones.

Vincent oía con la imposibilidad de entender todo lo que su tío le recomendaba para sacarle del marasmo, ya que solo era permeable a una voz interior que lo agobiaba y repetía: «No me quiere, ama a otro. No me la merezco».

En un momento de cansancio y docilidad aceptó la vuelta a casa, dejando ya acomodada a su hermana Anna fuera de Londres.

En la hospedería de la viuda Loyer dejó jirones de ardorosa ilusión y el calor de una pasión no correspondida. La misma muchacha, cuya cara no podía traer ahora con firmeza a su imaginación, sangrante, en la estrecha buhardilla de los Ravoux, en aquellos momentos de angustiosa tribulación.

Del Eclesiastés le vinieron a la mente unos párrafos:

«...Anda, come con alegría tu pan y bebe de buen grado tu vino, que Dios está ya contento con tus obras. En toda sazón sean tus ropas blancas y no falte unguento sobre tu cabeza. Vive la vida con la mujer que amas todo el espacio de tu vana existencia, ya que tal es tu parte en la vida y en las fatigas con que te afanas bajo el sol...».

Desde Londres, con promesas de mantenerle el puesto por parte de su tío, navegó a Rotterdam y de allí, en tren, a Breda, donde lo esperaba su padre, el pastor Theodorus, al que todos llamaban Dorus.

El encuentro entre ambos fue algo tenso, pero con cierta jovialidad por parte del progenitor.

—¿Qué te ha pasado, hijo? ¿Por qué vuelves? —Lo recibió, interrogante, después de un abrazo—. Te veo con muy mal aspecto; estás muy delgado... ¿Qué te ha ocurrido?

—Padre, estoy cansado por el trabajo; no me pasa nada —se defendió Vincent, cortando en seco su interrogatorio.

—Es raro que vuelvas antes de que la temporada termine, por eso te lo pregunto —insistió Dorus.

—Padre, no insistas, me recuperaré en unos días.

—Está bien, está bien —replicó el clérigo—. Solamente quiero saber si continúas en el trabajo. Si estás contento allí. El señor Omagh envió una carta a tu tío Cent diciéndole que aprendías

rápido. Él nos la remitió y eso llenó de orgullo a tu madre... ¿No has echado de menos tu vocación sacerdotal en todo este tiempo?

—No, padre. He estado enfermo unos días y creo que era necesario volver para restablecerme. No continúes —cortó Vincent, huidizo.

El silencio se apoderó de ambos dentro de la elegante tartana con la que el pastor solía desplazarse por el campo que lindaba a la rectoría. Solo los resoplidos de la mula que tiraba del carruaje y los trinos de algunos pájaros fueron los sonidos que se oyeron hasta llegar a casa.

La mezcla de olores de los pinares, los brezales y la tierra mojada por la lluvia pareció aquietar el corazón del mozo, lastimado sin piedad por el rechazo de la inglesa.

A la llegada sonó la voz aguda de Anna, su altanera madre, sin que sirvieran de bálsamo los besos, abrazos y sus forzadas exclamaciones de satisfacción. El joven entró en la casa diluyendo algo la amargura de las últimas semanas en el alborozo familiar que sus hermanos le proporcionaron.

—Tus ojos son tan hermosos como siempre, pero, ¿qué te ha pasado, hijo, para que estés tan flaco y desmejorado?... ¡La ropa te queda ancha! —le dijo Anna, separándose para verle mejor. Le miraba directa a los ojos, inquisitiva y ansiosa, en busca de la verdad.

—Madre, he estado enfermo —repitió otra vez más la misma cantinela.

Anna encontró respuesta, y un aluvión de preguntas sobre Londres le llegó por parte de sus hermanos, algo que agradeció, ya que sus padres no volvieron a insistir.

Desde que abría los ojos, el rostro de Eugenie aparecía como un velo por el que pasaban todas las demás imágenes. Aunque le dolía su recuerdo, prefería sentir aquella aguda espina, su amargo rechazo, a prescindir de la evocación.

Una mañana soleada y tibia salió a pasear con un pequeño cuaderno de dibujo, como solía en sus años de escolar, y bosquejó un reducido grupo de pinos con el plano horizonte roto por las primeras casas de Zundert. Sintió una inesperada paz. Los dibujos absorbieron sus pensamientos y borraron sus preocupaciones. Los

trazos, el estudio de tonos, el reparto de grises y los problemas de perspectiva, así como la búsqueda de las intensidades adecuadas para dar profundidad a su obra, fueron sedantes. Se implicó tanto que una especie de dulzura lo invadió, atenuando su dolor.

Repitió el ejercicio de manera terapéutica, todos los días que el tiempo se lo permitió, reforzado, además, por los entusiasmados comentarios de sus hermanos, quienes advertían con admiración cómo Vincent poseía una capacidad casi mágica para representar en el papel detalles que creían difíciles y maravillosos. En las mañanas lluviosas, sustituyó sus salidas por apuntes de las mace-tas con flores que su madre desperdigaba por el jardín de la recto-ría, y los mismos árboles que la circundaban.

El sosiego lo invadía hasta la hora del almuerzo, momento en el que la luz se desvanecía y se esponjaba poco a poco del venenoso fluido del recuerdo.

Solo habían transcurrido cinco interminables semanas de su lle-gada, cuando, después de recibir contestación a alguna carta que escribiera antes, anunció a sus padres:

—Vuelvo a Londres, a continuar mi labor en la Galería Goupil.

Dorus, alarmado, insistió en una eterna pregunta sobre la voca-ción clerical:

—¿Estás seguro que no quieres dedicar tu vida a Dios?... Te podríamos abrir las puertas a una carrera religiosa si lo quisieras, y yo opino que estás capacitado para ello. Pienso, además, que hay poco tiempo para pensarlo, según la edad que tienes...

—Padre, ya te he dicho que el mundo del comercio del arte es muy gratificante para mí. Aprendo bastante y todavía tengo las puertas abiertas en la Galería. He escrito a Londres y me espe-ran.

—Me parece muy bien, hijo mío —terció Anna—. ¿Irás de nuevo a la residencia de la señora Loyer?

—No —contestó Vincent, con incipiente rubor—. Mi hermana ya no está allí. Encontré una habitación amueblada en Kensington New Road. Es la casa de una vieja señora, que me costará menos y también está cerca del trabajo. Iré allá.

—Muy bien hijo mío —dijo Anna, separándole algo de su marido y susurrando a Vincent en el oído—: La señorita Loyer no

te merece. No hubiera sido una compañera buena para ti —le sentenció con acritud, ante su sonrojo.

¿Cómo era posible que lo hubiese adivinado?, se dijo. Sintió una nueva tensión en la herida no cerrada de la que él creía su secreta pasión.

Desde la nueva residencia, en Kensington, al camino de Clapham, donde tenía la señora Loyer su escuela de párvulos, había pocas manzanas. En la mitad de la mañana y al caer la tarde, como un furtivo y con el corazón golpeando alocado en su pecho, el aprendiz de marchante, sorteaba las escasas casitas con sus jardines que entonces poblaban la zona, en busca de un encuentro casual con la joven. Sentía ansias por verla. Tenía que dar un largo rodeo, acabando siempre al abrigo de unos densos parterres, frente a la casa de Eugenie.

Le avergonzaba esta ocultación, este espionaje sin sentido y forzaba la vuelta a su nueva casa. Pero en cuanto quedaba solo en su habitación, un hambre voraz de contemplarla le hizo, alguna que otra tarde, regresar frente a la morada de los Loyer, hasta que la última luz de la casa se apagaba. Entonces volvía pensativo, triste y melancólico, pero con una cierta sensación de consuelo en su alma que le permitía conciliar el sueño.

Los días de la Navidad llegaron a Londres. La casa de la muchacha fue decorada y él mismo contempló, desde su escondite cercano, los arreglos florales que ella realizó en la puerta.

El día de Nochebuena amaneció brumoso con una lluvia fina y persistente que no hacía disminuir la alegría ocasional de las personas que se toparon con él, camino de casa. Embargado por el ambiente de jovialidad navideña, no le pareció descabellada la idea de saludar a la familia Loyer y se convenció de que ellos aceptarían su saludo de manera natural para la fecha. Se armó de valor y subió los escalones de la entrada más indiferente de lo que creyera. Percutió la aldaba y se le aceleró el corazón al reconocer la cadencia de los pasos de Eugenie. Se abrió la puerta y en ese marco, adornado con enramados de pequeñas hiedras, caparazones de piñas, ramitas de pino y flores de invierno, cortadas del jar-

dincillo, apareció ella con su cabello arreglado. Vestía un precioso traje azul claro, sus ojos tenían un brillo esplendoroso y su cutis, sonrosado. Jamás la contempló tan hermosa.

—Hola, Eugenie... —comenzó, tímidamente. Ella pasó de la sorpresa al asombro y del pasmo al enfado; endureció el gesto, blandió una fría mirada que lanzó como un puñal hacia sus ojos y, volviéndole su espalda, respondió con gélida insensibilidad:

—Váyase, señor Van Gogh. Váyase, por favor, y no vuelva más.

Entró de nuevo y cerró la puerta a sus espaldas. Vincent sintió pena de sí mismo. Derrotado, con los ojos llenos de lágrimas, giró el cuerpo y bajó los escalones de manera pausada, aturdido y absorto ante el bullicio de la calle, como si el mundo se hubiese quebrado sobre sí y se desplazara hacia otro universo.

Su hundimiento fue tan severo que el tío Cent provocó de nuevo su marcha, ahora a la Galería de París, por lo que en breves fechas retornó a Holanda.